
Ordinem



Paco Bernal



Prólogo

Fue una tarde del verano del 2019 cuando descubrí cómo una idea puede llegarte a través de rayos de sol que se filtran en las ramas de los pinos, y proponerte un reto completamente novedoso.

Juntos en familia pasábamos unos días en un *camping* de la sierra de Gredos, lugar que he visitado desde recién nacido y que ha sido confesor y fuente de inspiración en muchas de las decisiones importantes que he tomado en mi vida, por lo que, en cierta medida, me sentía en deuda con aquella tierra.

Pili, mi mujer y compañera de viaje, se encontraba sentada en una tumbona de tela y leía con pasión uno de los muchos libros que devora cada verano, cuando osé interrumpirla en su lectura para contarle el proyecto de escribir un libro.

Ella colocó suavemente el marcapáginas entre las hojas y los dos comenzamos a hacer cábalas sobre la trama, personajes y otros avatares que, como aprendiz de escritor novel, quería tener claros antes de escribir la primera palabra.

Desde que la conozco, siempre la he escuchado hablar con ternura de los niños autistas que ha tratado en su devenir como maestra de audición y lenguaje. Lo que más me ha llamado la atención de sus historias sobre su trato diario con estos niños tan

especiales fue la pureza de sus miradas a la hora de ver la vida, sin las distorsiones que producen los egos, envidias y otros tantos obstáculos vitales que nos encontramos en el camino.

Además, siempre he sentido verdadera atracción por las novelas de espías, que hacen de las conspiraciones una sorpresa constante, por lo que este elemento no podía faltar en mi primera novela.

Por tanto, ya tenía tres ingredientes para el punto de partida: un lugar bucólico, un niño de características especiales y su familia, y una organización sectaria cuyos intereses maquiavélicos dirigirían el destino de los personajes.

Y con ello me puse a escribir con la ilusión y único afán de entretener a aquellos valientes que se atrevan a invertir su tiempo en leer el primer libro de alguien que aspira a ser escritor.

Capítulo 1

—Jesús, ¿quieres subir al coche de una vez? —exclamó nerviosa Marta mientras cruzaba el jardín cargando la maleta familiar Samsonite de color rojo y una bolsa de tela añil repleta de toallas de playa.

Carlos, el mayor de los hermanos, ya se encontraba sentado en el asiento trasero derecho, con su inseparable gorra azul marca Nike calada hasta las cejas, inmóvil, mientras escudriñaba el salpicadero del coche comprobando, para su tranquilidad, que todo permanecía igual.

Jesús, mientras tanto, seguía jugando al fútbol frente a una portería portátil haciendo caso omiso a la insistencia de su madre, mientras refunfuñaba sobre lo poco apasionante que se presentaba el inicio del verano en un *camping* de la sierra de Gredos.

—El plan con el abuelo en Málaga hubiera sido mucho mejor. —Era como un mantra que retumbaba en la cabeza del pequeño, pero de nuevo tocaba ir a un sitio u a otro porque a su hermano mayor no le gustaban los cambios.

Después de voces, reproches y alguna concesión, Jesús cedió a las presiones de Marta y entró en el coche con el ceño fruncido, mirando de reojo a su hermano, a quien sin duda quería

con locura, pero sobre quien volcaba la culpa de muchas de sus obligaciones.

Fernando, el padre, asesor financiero de éxito, se afanaba en ultimar una mochila de viaje con sus enseres para sobrellevar el periodo estival: una tableta, libros de lectura y, cómo no, auriculares con cancelación de ruido que le permitían evadirse del estrés familiar.

Cada vez que afrontaban un viaje, Fernando y Marta tenían un acuerdo no escrito, y tal vez no hablado, mediante el cual Marta se encargaba del equipaje y Fernando únicamente de la conducción, por lo que este último arrancó el Audi Q7 color plata cuando el resto del pasaje y la carga ya estaban dispuestos.

La casa donde residían se ubicaba en una zona exclusiva de Las Rozas, una población situada a treinta kilómetros al norte de la capital. Una puerta automática daba acceso a una finca rectangular alfombrada de césped y delimitada por un seto de unos dos metros de altura y cuatro sauces en las esquinas. En el centro se alzaba un chalé de dos plantas, cuyos muros de ladrillo oscuro y tejado plomizo le conferían un aspecto acogedor y elegante. La piscina, con forma de alubia, hacía las delicias de los pequeños, sobre todo de Jesús, que practicaba sus saltos al agua de forma incansable.

Era el primer día de julio del 2015 y todo apuntaba a una jornada de mucho tráfico. Después de atravesar Las Rozas sin dificultad, la familia se topó con un gran atasco en el acceso a la autovía.

—Maldita sea, pronto empezamos —murmuró Fernando—, ya os dije que debimos haber salido antes.

Marta le reprochó serenamente el comentario, justificando que no suponía el mismo tiempo preparar una mochila de viaje que el equipaje de todo un verano.

Carlos, ajeno a la discusión, no separaba la mirada del cristal, mientras balbuceaba de forma ininteligible algo parecido a un